

# MARTOR



---

Title: "En Rumanía a toda costa"

Author: Rafael Pisot

How to cite this article: Pisot, Rafael. 2003-2004. " En Rumanía a toda costa." *Martor* 8-9: 175-183.

Published by: *Editura MARTOR* (MARTOR Publishing House), *Muzeul Țăranului Român* (The Museum of the Romanian Peasant)

URL: <http://martor.muzeultaranuluiroman.ro/archive/martor-8-9-2003-2004/>

---

*Martor* (The Museum of the Romanian Peasant Anthropology Journal) is a peer-reviewed academic journal established in 1996, with a focus on cultural and visual anthropology, ethnology, museum studies and the dialogue among these disciplines. *Martor Journal* is published by the Museum of the Romanian Peasant. Interdisciplinary and international in scope, it provides a rich content at the highest academic and editorial standards for academic and non-academic readership. Any use aside from these purposes and without mentioning the source of the article(s) is prohibited and will be considered an infringement of copyright.

*Martor* (Revue d'Anthropologie du Musée du Paysan Roumain) est un journal académique en système *peer-review* fondé en 1996, qui se concentre sur l'anthropologie visuelle et culturelle, l'ethnologie, la muséologie et sur le dialogue entre ces disciplines. La revue *Martor* est publiée par le Musée du Paysan Roumain. Son aspiration est de généraliser l'accès vers un riche contenu au plus haut niveau du point de vue académique et éditorial pour des objectifs scientifiques, éducatifs et informationnels. Toute utilisation au-delà de ces buts et sans mentionner la source des articles est interdite et sera considérée une violation des droits de l'auteur.

*Martor* is indexed by EBSCO and CEEOL.

## En Rumanía a toda costa

Rafael Pisot

Desde los 16 años, momento en el que decidí estudiar *Filología Hispánica*, supe que mi vida transcurriría en el extranjero, ya que la otra posibilidad (la de dar clases en secundaria) ni me había llamado la atención hasta el momento, ni me sigue atrayendo en la actualidad. Impulsado por esta idea empecé a estudiar, durante quinto de carrera, la posibilidad de irme al extranjero como colaborador, bien a una escuela, bien a una universidad, considerando que esta última opción era mejor y más prestigiosa. En aquel momento (1995) el internet no era todavía muy popular en España y los que estaban dispuestos a irse a la aventura no tenían más remedio que conseguir, a través de las embajadas que se encontraban en Madrid, el mayor número posible de direcciones de universidades de distintos países. La posibilidad de acceder a un sistema más fiable y mejor organizado, esto es, partir como lector, era inviable, dado que se exigía la licenciatura en el momento de solicitar el puesto. Para más inri, este obstáculo se veía agravado por el hecho de que el país natal de Cervantes contara ya con muchos lectorados en los países vecinos, así que las opciones de conseguir un contrato en un lugar que ya contara con un lector oficial eran ciertamente remotas. No me quedaba otra que asumir el riesgo de lanzarme a lo desconocido, pensando en acceder, tras el

primer año, a un puesto de lector.

Con este plan en la cabeza, emprendí el primer paso y las embajadas, lenta pero eficientemente, empezaron a mandarme direcciones de diferentes escuelas, institutos y universidades: después de algunos meses, conseguí un centenar de direcciones y en enero de 1996 mandé las primeras cartas, confiando en recibir alguna respuesta favorable de alguna institución de cara al curso académico 1996-1997. Envié unas veinte cartas a Finlandia (aunque no soy fan de Sibelius, por no hablar de los sofocones que me provoca la sauna), unas diez a Japón, otras cuantas a Chequia, Polonia, Guyana Francesa, Senegal, Camerún y otros países cuyo nombre ya no recuerdo. Mientras esperaba, confiando, alguna señal de su parte, las elegantes respuestas de rechazo (aún conservo alguna de ellas) no tardaron en llegar al domicilio familiar de Salamanca. Miré a las estrellas y entendí que la suerte estaba de mi lado: quizá tendría que ampliar un poco la lista de países que podían estar interesados en un joven licenciado que ofrecía sus servicios *filológicos*. Así pues, me puse en contacto con las embajadas de Australia, Hungría, Yugoslavia, Bulgaria, Grecia y, por qué no, me dije, también Rumanía: me quedaba ya poco para acabar la carrera y tenía que tener algo seguro a partir de septiembre.

La misma caravana de cartas que me daba las gracias por el interés manifestado, volvió a cruzar el umbral de la casa, si bien esta vez me podía dar con un canto en los dientes gracias a las tres cartas que dejaban una puerta abierta: la Facultad de Economía de Lodz (Polonia), la Facultad de Pedagogía de České-Budějovice (Chequia) y la Facultad de Letras de Iași (Rumanía). Tenía, por fin, de dónde elegir... Cada una de las propuestas era muy diferente en términos de exigencias, trabajo y condiciones económicas. Sin duda la carta más cálida era la de Iași, firmada, sorprendentemente, por un español llamado Francisco que, con cierta crudeza, me hablaba de la situación del lugar: „necesitamos un joven como tú, pero la universidad no puede ofrecerte demasiado: podrías enseñar lengua y literatura españolas, te alojaremos en un piso de la universidad, quizá te podamos echar una mano con la comida, pero el sueldo será de unos 300.000 lei“. Me gustaba su tono, nada oficial ni publicitario, sino más bien preciso, firme, realista y sin promesas en vano. De lo que aquellos lei significan no tenía ni idea y el colmo es que no tenía a quién preguntarle si era una cantidad pequeña o ... muy pequeña, tal y como se deducía de la carta del señor Francisco. Era el 14 de febrero de 1996: día de los enamorados.

Con el optimismo que me caracteriza cuando no soy pesimista, me puse en contacto, por carta, con las tres facultades y en los cuatro meses siguientes, la situación se aclaró del todo: los checos preferían un lector oficial (vía completamente cerrada para mí) y los polacos, también. Tras semejante alud de cartas, no me quedaba más que una posibilidad, Iași, ciudad que en un primer momento no encontré en el mapa (aunque me di cuenta de que había *Baile* por todas partes, ya que esta palabra, escrita *Băile*, estaba muy presente en la toponimia del país, dado su significado de *Baños*... con tanto *baile* por toda su geografía estaba claro que los rumanos se lo pasaban en grande). Ante la ficticia opción de

elegir, en junio de 1996 estaba decidido a irme a Iași, sobre todo después de que en mi vida apareciera una voz cálida que, en un español perfecto, me animara a ir a Rumanía: se trataba de Dana Diaconu, la directora del departamento de español de la Universidad „Alexandru Ioan Cuza“ de Iași.

Atraído, como si de un imán se tratara, por esta carismática voz, hice las maletas y aterricé en Bucarest en el otoño de 1996. En el aeropuerto me esperaba el lector más vitalista que jamás he conocido (Alberto Madrona, en la actualidad, profesor del Instituto Cervantes de El Cairo, al que me une una sincera amistad), que me compró el billete de tren y me metió, literalmente, en un tren con destino a Iași. En el andén me esperaba Dana Diaconu y su hija Diana: también me esperaba champán y una mesa copiosa en la que no faltaba de nada. Estaba en la gloria y confirmaba, por primera vez y en mi propia piel, lo afirmado por el historiador Lucian Boia: „un occidental tiene todas las posibilidades de sentirse mejor recibido en la capital de Rumanía, rodeado de mucha más atención de la que emplea él mismo con quienes visitan su país“. Sin duda no se trataba únicamente de la capital. Desde el principio descubría, también yo, el verdadero significado del término rumano *musafir* (invitado).

### Primeras impresiones

Desde el primer momento me di cuenta de que la gente era muy abierta, de que sabía bastantes cosas de España, a pesar de que no existía una estrecha relación entre nuestros pueblos. Muchos hogares tenían televisión por cable, cosa que hacía más fácil la familiarización con otras lenguas y culturas. A primera vista, la gente parecía serena y sonriente: en primer lugar, la gente joven, que poblaba las residencias de estudiantes y el célebre Copou: sólo al hablar con ellos te dabas cuenta de la cantidad de insatisfacciones que guardaban para sí. Me chocó el

modo – absolutamente envidiable – en que mis estudiantes hablaban español, pero el asombro no fue menor al enterarme de los sueldos miserables de la gente, hecho que hizo brotar en mí un gran enigma: ¿cómo se las arregla aquí la gente? Me gustó el cielo gris pero luminoso de Iași en otoño, el ambiente absolutamente único en comparación con la soleada Salamanca, los edificios antiguos que, en algún momento, acabarán recuperando su esplendor, la imponente universidad y las joyas arquitectónicas de la ciudad.

Hasta las rosquillas del lugar me gustaron y, mientras las roía, se me iban borrando de la mente los momentos pasados en la Gara de Nord, asaltado por imágenes de una terrible miseria. Estaba claro que la mayoría de la gente vivía con enormes dificultades e incluso eran muchos los que tenían muchas cosas que contar, obsesionados por la certeza de haber desperdiciado la vida durante el antiguo régimen, de haber sufrido injusticias, hecho que generaba todo tipo de narraciones, tal vez por la necesidad de descargarse ante un extranjero (en España el pasado no es, en general, uno de los temas de conversación preferidos por los adultos, ni siquiera ante un oyente extranjero al que pudiera interesarle... del pasado se habla cuando alguien pregunta). Asistí a muchos cuasi-monólogos que me permitieron aprender mucho, a pesar de que mi naturaleza escéptica me hacía poner más de una cosa en cuarentena.

Sentí, desde el primer momento, un gran aprecio por la actividad de los hispanistas rumanos en el ámbito de la traducción: había muchas novelas del mundo hispánico traducidas al rumano, cosa que confirmaba mi impresión de que estaba ante un pueblo abierto (la propia lengua rumana estaba salpicada de cientos de préstamos que ni siquiera se habían adaptado, en los tranvías y autobuses los rótulos estaban, sobre todo, en francés y alemán, cosa alucinante para mí...). Estas impresiones, que siempre sur-

gen cuando penetras en algo desconocido, cuando todavía no estás en la misma onda que los demás, iban dando lugar a algunas conclusiones que, aun así, debían ser comparadas con la percepción de otros españoles. Con el tiempo, se fueron diluyendo y el momento (fructífero) de *shock* acabó pasando. Lo interesante es que ahora, al menos para mí, aquellas impresiones han acabado convirtiéndose en rasgos esenciales de los rumanos, rasgos como la hospitalidad, la apertura y la diversidad. Eso sí, acompañados de una constante reflexión sobre su identidad (¿quiénes somos?, ¿por qué están las cosas como están? ¿qué futuro nos espera?), de una falta de confianza en la clase política y de un individualismo muy acentuado. Qué estupendo sería que todo lo bueno se mantuviera y que todos los entuertos se fueran enderezando.

Albergo la esperanza de que Rumanía se convierta en un país de moda en la Europa del 2007 (¡los piscis somos muy intuitivos!), de que la gente y su cultura puedan beneficiarse de un eco más favorable, de que la fama del país adquiera más amplitud: ¡de que los rumanos y los extranjeros que habitamos en estos lares podamos decir un día que la hemos liado!

### Iași: 1997-2000

El piso de la universidad se encontraba a las afueras de la ciudad, en un barrio llamado Păcurari, muy cercano a otro de peor fama, bautizado como Păcureț: de haber sido un profesor alemán o francés, tal vez me hubieran dado un piso más céntrico, aunque la verdad es que esta distancia nunca llegó a molestarme, sobre todo desde que me hice amiguito del autobús 45 y del tranvía del barrio llamado Canta (los rumanos no sólo bailaban, también cantaban...). En la facultad enseguida me dieron una carga lectiva cómoda, de unas catorce horas a la semana, aunque tuve que comprarme una gramática rumana y una guía de conversación porque, aun así, mi horario no me permitía asistir a las clases de rumano para extranjeros.

Me las apañé como pude, con el apoyo constante de la familia Diaconu y de Francisco. Al cabo de algunos meses apareció en el horizonte la familia Mahalu: Loreta era profesora de español en una escuela cercana y Cristina, su hermana, una auténtica belleza, estudiaba español e inglés en la universidad. La primera vez que la vi, me caí p' atrás. Nunca había visto a alguien tan hermoso: nos hicimos amigos, empezamos a salir y, al final, acabó robándome el corazón... Enseguida supe que era suyo. En este momento se estaba configurando el segundo elemento crucial de esta historia: además del deseo de irme de España, me enamoré en Iași, hechos que facilitaron enormemente mi adaptación al nuevo medio. El primer año pasó: tenía un amor y las estrellas se aliaron a nuestro favor cuando Francisco dio por concluido su periodo de seis años como lector oficial. El puesto vacante me correspondió a mí. Fui nombrado „su sucesor“, empecé a dar clases en condiciones más favorables, había empezado a trabajar en un diccionario español-rumano de expresiones junto a Loreta y había conocido a un nuevo amigo y futuro colaborador llamado Constantin Teodorovici. Estaba en la gloria, creo que era imposible ser más feliz.

En toda historia que se precie hay, sin embargo, un antes y un después: en noviembre de 1999, cuando más a gusto me encontraba, recibí una llamada de nuestro agregado cultural: „Rafa – se oyó – no sé cómo decírtelo, pero la normativa ha cambiado y tu lectorado se ha reducido de seis a tres años. Voy a intentar hablar con el ministerio para que no rescindan tu contrato, haz también tú lo que puedas, consigue cartas de apoyo, haremos lo que podamos aunque no creo que hagan excepciones con nadie“. El impacto emocional fue de una enorme dureza y no tardé en sentirme víctima de una suerte adversa: ¿por qué tenía que pasarme justamente a mí? Mi compañero de piso y amigo del alma, Mauro Barindi, lector también él, pero de italiano, trató de consolarme empleando una expresión que no

dejé de oír en los meses siguientes „no te preocupes, todo se arreglará“. Pero ni los astros, ni la ley estaban de nuestra parte y la amenaza se materializó: a los 27 años me veía expulsado de mi verdadero paraíso, de una relación de amor extremadamente plena, debido a la imposibilidad de permanecer con un sueldo de 70 dólares al mes y al lado del nuevo lector que tenía que venir en mi lugar. No me había dado tiempo a hacerme a la idea, a dejar atrás cosas tan esenciales y, sobre todo, a cambiar mi plan de vida. Fue, sin duda, un golpe bajo, pero no podía derrumbarme si quería poner en marcha mi siguiente proyecto: el regreso a Rumanía. Para lograrlo necesitaba, nuevamente, una gran dosis de optimismo, pero también cierta lucidez a la hora de dar los pasos necesarios de cara a conseguir lo único que le daba un sentido a mi vida.

### Regreso a España

Los únicos que se alegraron de mi vuelta fueron mis padres y mi abuela (tengo también una hermana, excepcional, entre otras cosas, por entender que mi sitio no estaba en Salamanca). Los escasos momentos de clarividencia y lucidez que siguieron al shock me dieron la ocasión de organizar un superplan mortal encaminado, exclusivamente, a regresar a Rumanía. Como ya no podía repetir como lector, tenía que pensar en la única puerta que se me podía abrir en el futuro: la de profesor en el Instituto Cervantes de Bucarest. La cosa estaba más o menos así: en primer lugar tenía que surgir un puesto vacante en Bucarest, después tenía que enviar mi currículum a Madrid (donde un tribunal elige a los profesores que posteriormente son enviados a los centros existentes en el mundo) y esperar que me avisaran para la entrevista. A mi favor tenía cierta experiencia (aunque no demasiada en comparación con la de otros candidatos más veteranos), cierto conocimiento del rumniano y la total certeza de que mi readaptación no le supondría a nadie ningún quebradero de cabeza.

Todo lo demás jugaba en mi contra: no tenía más que una licenciatura, casi no había publicado artículos de especialidad (el diccionario de fraseología, empezado en Iași, todavía no estaba listo) y, lo peor, no contaba con ningún máster en enseñanza de español a extranjeros, elemento casi obligatorio si quieres acceder a la red Cervantes. Mi regreso a Rumanía pasaba forzosamente por matricularme en un máster de estas características para tener así opciones reales de pasar el filtro de currícula en Madrid. Algo así significaba un paréntesis de, por lo menos, dos años. Tenía que hacerme a la idea de algo así lo antes posible. Me matriculé, pues, en el máster y recuerdo que en el primer día de clase (a mis años ya figuraba entre los veteranos) me presenté como un ex lector en Rumanía deseoso de volver en cuanto pusiera fin a los nuevos estudios. La gente me miró de aquella manera... pero esta confesión pública ante un grupo de desconocidos que todavía chupaban del biberón, me reportó algunas simpatías, incluso entre los profesores, que me consideraron un estudiante aplicado, pero colgado.

Sin hacer mucho ruido conseguí entregar el diccionario (empezado con Loretta y finalizado con la inestimable participación del ya mencionado Constantin Teodorovici, investigador en el Instituto de Filología Rumana „A. Philippi-de“ de Iași), tuve la excepcional oportunidad de dar clases de español en la Universidad de Salamanca (una experiencia enormemente placentera, gracias a la cual pude conocer a estudiantes de todas las latitudes), hice un examen de rumano en Madrid (en busca de un certificado) y presenté la tesina en la universidad. Me vi imbuido en una caza de títulillos para mi currículum, aunque, todo sea dicho, también obtuve algunas satisfacciones personales. Tenía, sin embargo, que armarme de paciencia porque aún me quedaba un año de máster, aunque este se pudiera hacer a distancia, ya que se trataba de presentar la memoria. Pensé entonces en probar suerte en el Cervantes para ver qué otras lagu-



nas, además de un máster incompleto, debían ser paliadas. Hablé con mi familia y mandé la documentación. Cuando me enteré de que ocupaba el cuarto puesto en la lista de profesores seleccionados para Bucarest me quedé estupefacto: no entendía nada. Me llamaron a la entrevista, pero siempre fui consciente de que mis posibilidades eran ínfimas, no sólo porque hubiera otros tres profesores delante de mí, sino porque uno de ellos era, además, interino en Bucarest. Dando la batalla por perdida, me presenté enormemente relajado, sin ninguna presión y dispuesto a que mi ridículo fuera el menor posible para que, así, pudieran llamarme al año siguiente, una vez presentada la memoria del máster. A mediados de septiembre de 2001 me fui a Madrid, hice la entrevista (era el único que no llevaba traje, hasta tal punto me había relajado...) y seguí con las clases en Salamanca.

La segunda llamada telefónica „histórica“ de

mi vida (tras aquella, maldita, del agregado cultural, casi dos años atrás) tuvo lugar el 2-10-2001, como me gusta escribir la fecha: „*Señor Pisot, tiene Vd. el puesto de Bucarest*“, dijo una voz baritonal al teléfono... El impacto fue tan grande que sólo pude preguntarle *pero, ¿que ha pasado?*, en medio de un estupor colosal. Después de algunos minutos, Cristina descorchaba una botella de champán en Iași, mientras yo besaba a mi hermana ante los ojos vidriosos y desconcertados de mis padres. Aunque por motivos diferentes, nadie daba crédito a lo que estaba pasando en ese instante ciertamente único. A partir de ese momento, tenía que hacer las maletas para dar por concluida, lo antes posible, aquella estancia breve, pero fructífera, en Salamanca. Me sentía como un rumano al que se le acaba la beca en España: me esperaba el amor en Iași y mi vida volvía a recuperar, plenamente, su sentido.

### **Bucarest (2001- hasta el presente)**

Con las disculpas de rigor por el patetismo de las líneas precedentes, voy a tratar a partir de ahora de arreglar la cosa para que no acaben pensando que tamaño lirismo me acompaña siempre. De cara a sacar algunas conclusiones, tengo que empezar diciendo que trabajar en el Instituto Cervantes es, por la propia naturaleza del trabajo, un auténtico privilegio: no sólo tu vida transcurre entre gente de todo tipo (un profesor tiene una media de trescientos estudiantes al año), sino que la pasión, la motivación y la entrega de los estudiantes le dan alas al profesor, reforzando, de alguna manera, su vocación y realimentando, al mismo tiempo, su propio interés y dedicación. Es verdad que son estudiantes, pero no es menos cierto que son también nuestros clientes y el cliente siempre tiene la razón. No podemos decepcionarlos. Contamos con la inmensa fortuna de impartir seminarios en otras ciudades rumanas (Craiova, Constanța, Timișoara, Cluj-Napoca, Iași), así como en otros centros de la red Cervantes (Sofía, Belgrado, Bu-

dapest), donde casi siempre nos esperan con los brazos abiertos, y no porque enseñemos maravillas, sino porque, a nivel nacional, la red que forma la lengua española se limita a un puñado de focos: nos hemos convertido en una plantilla sonriente que, vista desde fuera, más bien se parece al mundo bohemio de los artistas, sobre todo por nuestra apuesta por la libertad y la creatividad a la hora de preparar las clases y los seminarios. Sentimos cerca a nuestros estudiantes, nos tuteamos desde el principio, les hacemos llegar los problemas con los que nos confrontamos y las soluciones que proponemos, teniendo siempre en cuenta que somos unos privilegiados gracias a ellos.

Si nos fijamos un poco en los profesores que dan clases en el extranjero, al margen de su país de origen y del país en el que enseñen, tal vez caigamos en la tentación de considerarlos una especie aparte: exportan la imagen de su país sin vivir en él, suelen tener opiniones poco convencionales (no siempre positivas) sobre el país que los vio nacer, se integran fácilmente en el círculo que gira entorno a la embajada, forman parte de una comunidad que comparte la misma lengua y suele anidar, casi siempre, dos o tres años en los países en los que dan clases: el nomadismo y el desenraizamiento son sólo dos de los elementos que configuran su carácter, si bien, en el caso de estos emigrantes favorecidos por la suerte, ambos son rasgos positivos, abiertos hacia un sentimiento de ciudadanía del mundo.

Hay, sin embargo, muchos más rasgos particulares: sus familias son, normalmente, mixtas (surge una nueva lengua en el hogar, que motiva que sus hijos sean bilingües), cada vez que vuelven a su país les llueven las preguntas sobre el país en el que viven y la información que proporcionan tiene más peso que lo relatado por los medios de comunicación: casi sin querer, se convierten en pequeños embajadores de otro país. Si tienen la posibilidad, aprenden el idioma y, paralelamente, llegan a saber algo de la historia,

del arte o de la literatura de ese pueblo. Tienden a mantener una mirada lírica de las cosas y de las personas, poesía que desaparece cuando vuelven a su país, donde ven sus lugares natales a través del filtro de una memoria no siempre benevolente. Si se quedan un poco más, llegan a integrarse y acaban conociendo el país que los acogió mucho mejor que muchos nativos, en la misma medida en que desconocen el suyo propio, adonde vuelven para ver a su familia y a los amigos que se quedaron allí.

En las sociedades católicas (donde los jóvenes abandonan el hogar cada vez más tarde, dejando a muchas más madres en pleno complejo del nido vacío), constatar que un hijo tiene su propia vida, lejos de la que tenía en casa, instala a sus padres en todo un proceso de autoanálisis no exento, a veces, de dolor. A menudo son ellos los que se oponen a que sus vástagos tengan su propia vida (que tiene una lógica y un devenir propios) en un intento, en ocasiones desesperado, de no romper definitivamente el cordón umbilical que une a los hijos con sus padres.

El teléfono y los correos electrónicos contrarrestan, en cierta medida, la distancia geográfica, si bien no consuelan a los padres. Al final, son ellos los que acaban haciéndose a la idea, empleando para ello una gran dosis de resignación, circunstancia que instala ciertas gotas de amargura en los hijos que están lejos de casa: puedes superar los recuerdos de tu país, sustituyéndolos incluso por los de tu país de adopción, pero la familia que se quedó allí (y que es sangre de tu sangre) siempre está presente, tanto como la insatisfacción que les provoca no tenerte cerca. Así las cosas, no es extraño que a veces brote cierto sentimiento de culpabilidad ante quienes te han traído al mundo y que suele acentuarse con el paso del tiempo. En mi caso, aunque no sólo por este motivo, la comunicación con mis padres es fluida y sustancial: todos los viernes mando un correo electrónico semanal en el que doy cuenta de lo que ha pasado en los últimos días, de manera que lo más representativo acaba siendo re-

cuperado en nuestra conversación telefónica de los lunes. Poco a poco nos hemos ido imponiendo este ritmo que sustituye, parcialmente, a la relación natural que sólo es posible en las dos semanas de vacaciones de verano y en la de Navidad, cuando Cristina y yo estamos, físicamente, a su lado.

Más intensa es la relación con Teresa, mi hermana, consistente en más mensajes semanales en los que nos contamos, con una total franqueza, todo tipo de cuestiones, sean estas profesionales o afectivas. Los seis años de edad que nos separan me han permitido verla madurar, presenciando y participando en los problemillas de adolescente por los que cualquiera pasa, así como estar a su lado a la hora de tomar decisiones relativas a su vida personal (estudios, amigos, viajes, etc...). Podría elogiarla sin cesar, pero me limito a caracterizarla como una mujer sociable, carismática e inteligente. Sobre su aspecto físico puedo decir que es, incuestionablemente, el ejemplar más logrado de la familia Pisot. Además, saber pelar las naranjas con cuchillo y tenedor, dejando entera la cáscara y despertando la admiración de los que la rodean y el orgullo de quien escribe estas líneas.

Pensando en la familia que queda atrás, la situación de estos profesores no parece muy distinta a la de aquellos emigrantes que, tras una primera fase de adaptación, acaban echando raíces en los países que los han recibido. Para una comprensión más profunda del fenómeno en sí (que en ocasiones también incluye a los, así autodenominados, expatriados), la sociología, la antropología y la psicología tienen mucho que decir a la hora de explicar este desdoblamiento en espacios, a menudo, lejanos y/o pertenecientes a culturales absolutamente diferentes. Si, además, surgen elementos religiosos (hay profesores que enseñan en países musulmanes en los que no han encontrado rubias neozelandesas con las que casarse), las cosas pueden ser mucho más complicadas.

Si tuviera que encontrar la palabra clave con

la que explicar mi adaptación a Rumanía, esta no podría ser otra que el término **empatía**, que, con su carga emotiva, nos brinda una especie de termómetro que nos indica en qué medida seríamos capaces de vivir en determinados países. Experimento una empatía nula en los países musulmanes (donde, en cambio, soy un excelente turista) y por los países del sudeste asiático siento, en realidad, simpatía. Por lo demás, reconozco que no me veo capaz de realizar un nuevo esfuerzo de adaptación en un tercer país, empezando de cero a la hora de buscar satisfacciones similares a las que tengo aquí día a día: estudiantes excepcionales, proyectos editoriales, una ilimitada receptividad por todo lo que significa España e Hispanoamérica, compañeros de trabajo, rumanos y españoles, a los que difícilmente podría renunciar. Huelga insistir en las delicias de mi vida persona, donde reina *Cristina, iubirea mea*, junto a mis amigos de verdad (muy pocos, pero insustituibles) y con la familia del Cervantes (que, por supuesto, incluye a nuestros estudiantes de todos los rincones). Siento que mi vida tiene un sentido.

Pero la perfección es una flor rara y esta vida regalada dista de ser rosa, asaltada por las pequeñas indignaciones cotidianas (también los extranjeros sufrimos) debidas a los problemas irresueltos de Rumanía: la precariedad de las pensiones (y sus terribles consecuencias), el así denominado sultanismo (que determina una enorme verticalidad en las relaciones sociolaborales, basadas en la jerarquía profesional, hecho que la propia lengua rumana refleja a través de fórmulas repletas de cortesía formal), la resignación (*así son las cosas, qué le vamos a hacer*), el servilismo de un gran segmento de la población y la intriga alimentada por la costumbre de lavar los trapos sucios en público. La exasperante exasperación.

Es un cliché afirmar que el presente se explica mirando al pasado, pero el extranjero que procede de una sociedad que siempre ha sido capi-

talista (a pesar de las dictaduras y guerras que haya atravesado) se queda de piedra y sin palabras ante determinadas cuestiones. Si el presente sigue suscitando perplejidad, la vida anterior a 1989 nos parece incomprensible, no importa si la información nos llega por medio de testimonios personales, o a través del filtro de la literatura: el viejo sistema político se nos antoja la más ramplona versión de una novela de ciencia ficción, con sus momentos de máxima crueldad en los años 80, ante los cuales un extranjero no puede por menos que hacerse de cruces. El efecto del pasado es evidente en todos los planos de la vida: algunas cuestiones de la actual sociedad rumana tienen que ver con el espíritu crítico con el que debutan las democracias (la prensa española de los 80 era tan agresiva como lo es la prensa rumana actual), pero otras guardan estricta relación con los efectos del comunismo en una primera fase de capitalismo: los ofensivos paneles gigantes que publicitan pizza, café o zapatos cubriendo muchas de las fachadas de Bucarest, dejan al turista boquiabierto, presa también él de una forma de publicidad extremadamente agresiva. Entiendes las cosas cuando te enteras de que cada una de las familias recibe, a cambio, el dinero necesario para cubrir los gastos de comunidad, así que la estética no es más que el efecto de un presente enraizado en el pasado, tal y como ocurre con el enorme porcentaje que, mensualmente, el estado retiene de los sueldos, a cambio de unos servicios que, sin embargo, dejan mucho que desear. Acabas preguntándote, indignado, si la novela de ciencia ficción ha tocado a su fin en el 89, dada la injusticia flagrante que sigue existiendo en muchos rincones de la vida diaria.

El asombro del extranjero no acaba tan pronto. Personalmente, trato de ser de lo más comprensivo, poniéndome en la piel del mayor número posible de personas, aunque veo que el pasado de España ha sido tan diferente, que el presente de Rumanía me resulta, a pesar de mis esfuerzos, muy difícil de aprehender. Me con-

suelan, en cambio, los recursos de este pueblo: el humor e incluso la autoironía (el *tomarse las cosas con filosofía* parece ser el primer mandamiento del decálogo rumano), sus indiscutibles valores intelectuales en miles de ámbitos (y no únicamente en aquellos que cuentan con el favor de los medios de comunicación), la atención que todavía se le presta a la cultura (con teatros a rebosar, editoriales llenas de actividad, gente que habla de cultura), la madera de supervivientes de quienes han sufrido tanto, de quienes se han curtido a través de tantos avatares.

Con la mano en el corazón puedo afirmar que en España las cosas han tomado un giro hacia la banalización y la puerilización de la sociedad, como demuestran los numerosos concursos de nula calidad, la reducción de los debates y de los programas culturales en la televisión (donde todas las películas se doblan y casi nadie mira otros canales internacionales) o, lo más preocupante, la caída evidente del índice de lectura: en la actualidad, España es uno de los países de la Unión Europea en los que menos se lee. Los hispanistas rumanos, a quienes debemos las miles de traducciones del español, son también ellos testigos de este fenómeno. Hay quienes afirman que la exclusivización de la cultura es el efecto de la democratización y, en este sentido, los profesores, tanto de secundaria como de universidad, que han disfrutado de una juventud más espiritual levantan la voz ante la superficialidad de las nuevas generaciones, que parecen ansiar cosas, a su juicio, más bien frívolas. Para los españoles tal vez la vida haya cambiado demasiado, pero, en realidad, ella ha seguido su curso natural, empujada por todas las novedades que han ido apareciendo y por el pragmatismo de una nueva mentalidad.

Estoy convencido de que Rumanía seguirá este camino, ya trazado por el resto de Europa, y

deseo que la resolución de los más graves problemas sociales se parezca al modo en el que España solucionó los suyos sobre todo a raíz de su entrada, en 1986, en la entonces Comunidad Económica Europea. No cabe duda de que el alineamiento de Rumanía junto a otros países que han alcanzado el mismo nivel de vida será real y, entre tanto, los extranjeros seguirán viniendo para construir, quizá sin proponérselo, una sociedad cosmopolita, plural y abierta, similar a las que han existido en estos lares, una sociedad en la que – ¿me dejan ser un poco egoísta? – la lengua española será una de las más habladas por un pueblo que nos siente como un pueblo hermano, más alejados geográfica que espiritualmente. Y junto al crecimiento de la lengua de Cervantes y de Ricky Martin, los profesores de español que enseñan en los institutos y en las universidades podrán sentir un apoyo más intenso, se crearán más centros culturales en todo el país, en los que darán clases cada vez más profesores que, como yo, saborearán las maravillas de este país, ofreciendo una imagen lo más honesta y objetiva, sin las exageraciones de un patriotismo pasado de moda ni aquellas que provoca una mirada centrada en el lado más infeliz de la naturaleza humana. La aportación de un extranjero a su país de adopción es casi simbólica, pero mi deseo es poder presumir un día de una sociedad en la que exista una convivencia orgánica entre todas las culturas, religiones y razas, una sociedad en la que todo aquello que un día fue motivo de tanta destrucción en el mundo (también nosotros devastamos un continente en el siglo XVI, también nosotros creamos a Torquemada) pierda su peso en favor de otros aspectos verdaderamente esenciales, entre los cuales destaque la alegría de vivir. Deseo que todo nos vaya tan bien a todos, como para que jamás me entren ganas de irme de Rumanía.